

Quienes enseñaron la justicia brillarán eternamente como las estrellas*

Jesús M. Sariego, S. J.**

Queridas hermanas y hermanos:

Celebramos hoy el domingo 33 del tiempo ordinario, el penúltimo del tiempo litúrgico. Y como estamos ya al final del ciclo litúrgico, los textos bíblicos nos hablan del final, de la venida del Señor. Probablemente, Jesús, como Pablo y como muchos de sus contemporáneos, consideraba que este final estaba próximo: “No pasará esta generación sin que todo esto se cumpla”. Por eso hablaba a sus discípulos con tanta insistencia del asunto.

En los textos de hoy, Jesús describe varios signos prodigiosos en la naturaleza y habla de acontecimientos sorprendentes. Pero en todo caso, no debemos leer estos textos en clave de terror, o de miedo. Más allá del género apocalíptico en que fueron escritos, los autores bíblicos quieren subrayar que al fin de la historia, como al principio de ella, Dios estará al lado de los hombres.

El sol, la luna y los astros se apagarán, pero la luz de Dios se mantendrá a nuestro lado. Dios, como Padre, vendrá a reunir a sus elegidos. El final de este mundo no es el vacío, el caos o la destrucción, sino el encuentro amoroso de Dios con la creación ya transformada por la obra de los hombres y mujeres como los que hoy recordamos que lucharon por el Reino. Fuimos hechos desde Dios y para Dios y todos caminamos al encuentro definitivo con el Padre. Como repetíamos en el salmo 15, nuestra vida está en manos del Señor: “No nos abandonará a la muerte ni dejará que suframos la corrupción”.

Pero, además, el día final será un día de verdad. Con la potente luz que arroja el Resucitado, la Pascua de Jesús iluminará la historia toda. El pasado adquirirá su verdadero significado. Tantos esfuerzos humanos por hacer de esta tierra un hogar digno de los hijos de Dios adquirirán su último valor. Nuestras vidas, nuestros compromisos y nuestro pasado recuperarán su verdadero significado. La presencia de Dios desnudará y desenmascarará la historia para siempre hasta mostrarla en su verdad. Y por eso, como leemos en el libro de Daniel, los guías sabios brillarán con esplendor en el firmamento y los que enseñaron a muchos la justicia resplandecerán como estrellas por toda la eternidad.

* Homilía ofrecida en la cripta de la Catedral Metropolitana de San Salvador, el 15 de noviembre de 2009, en memoria de los mártires de la UCA.

** Provincial de la Compañía de Jesús para Centroamérica.

Al paso de estos veinte años, la luz de nuestros seis hermanos jesuitas, Elba y su hija Celina, asesinados en la UCA en esta madrugada, lejos de extinguirse, brilla con una fuerte y potente claridad. Gobiernos y municipios, universidades y sectores de la sociedad civil, defensores de los derechos humanos, Iglesias y comunidades cristianas, además de innumerables medios de comunicación, han profesado durante estos veinte años una cálida memoria de reconocimiento y respeto a la vida, los escritos y la muerte de nuestros hermanos. La honestidad con la que cada uno desde su propio estilo y personalidad afrontaron los problemas de El Salvador, y la creatividad para responder a ellos desde su trabajo sacerdotal, los han convertido en un portentoso emblema de la fe que abraza la justicia como una tarea entrañable y sagrada. Una fe que busca y ama a los pobres y se interesa por su suerte. Más aún, la valentía con la que no dudaron en proponer y apostar por los caminos del diálogo en medio de un país sumido en una década de guerra y destrucción hizo de sus vidas un testimonio profético en defensa de la vida y de la paz.

Para muchos de nosotros que los conocimos y convivimos con ellos de cerca, y que hoy recogemos indignos los galardones que muchos les tributan, su memoria se nos convierte, en este día, en un álbum de cariñosos recuerdos de hermosa humanidad. También, la cercanía de todos ustedes, algunos venidos desde muy lejos, pero llenos de solidaridad cristiana con el dolor, es hoy, para nosotros, jesuitas centroamericanos, como fue hace veinte años, un gesto de honestidad fraterna que agradecemos cordialmente. Para nosotros, jesuitas, antes que mártires fueron y son nuestros compañeros y hermanos, amigos entrañables en el Señor, con quienes convivimos, discernimos muchas veces, compartimos las ilusiones y frustraciones de la misión, con los que buscamos y a veces debatimos caminos de solución para los problemas de este país. Construidos, como nosotros, de grandeza y fragilidad, soñaron y buscaron, amaron a este pueblo que el Señor les dio como heredad. Al fin, fueron y son privilegiados testigos de Jesús muerto y resucitado entre nosotros.

Como nos recuerda hoy el autor de la carta a los Hebreos, su sacerdocio no fue una simple ofrenda, sino la entrega sacrificada, de una vez por todas, de su sangre por amor a Jesucristo y a este pueblo. Y hoy los recordamos en este sacrosanto santuario donde reposan los restos del profeta grande y generoso de El Salvador, monseñor Óscar Arnulfo Romero, porque con él y con este pueblo ellos también muchas veces soñaron resucitar. Como la de monseñor, su palabra queda y su recuerdo vive.

Jesús nos pide en el Evangelio de hoy saber discernir y desentrañar los signos de la historia. El signo de la eucaristía de esta mañana, más allá del dolor y de la sangre, es un signo lleno de esperanza. Aquellos cuerpos que recogimos ensangrentados y destrozados por las balas se han convertido, después de veinte años, como los del siervo sufriente, en luz para muchas naciones y esperanza para muchos pueblos. Su sacerdocio nos sigue inspirando a nosotros, jesuitas y religiosos, así como a muchos jóvenes, profesores, familias y cristianos en general, a hacer de nuestras vidas, como ellos, un sacrificio agradable a Dios para la salvación de este pueblo que tanto amaron.

Este vigésimo aniversario es para nosotros una exigencia, una memoria subversiva. Como decía el P. Ellacuría, y recordamos en estos días: “Todos los mártires y todas las víctimas viven hoy y nos llaman a su liberación”. El Reino sigue siendo un clamor ineludible en nuestras vidas. Que la memoria de los compañeros jesuitas mártires de la UCA, como la de monseñor Romero, nos llenen de esperanza en estas horas.

San Salvador, 15 de noviembre de 2009.